

# Cordelia

Volumen 1

Enero, 1913

Número 5

Publicación mensual  
dedicada á la mujer costarricense.

Director,  
José-Fabio Garnier

Hija de un coronel ruso, esta inteligente mujer hizo sus estudios en la Universidad de Zurich, endonde obtuvo el título de doctora en ciencias. Dedicó sus mejores energías y su extraordinaria paciencia al estudio de la biología, ramo en el cual supo distinguirse con interesantísimas investigaciones hechas en Sebastopol, en Nápoles y en las costas de Francia.

Las ciencias naturales deben a la señorita Perejaslawzewa una serie preciosa de estudios biológicos, de los cuales recordamos los siguientes: *Algunas observaciones acerca de la digestión de las Tubellarias; El desarrollo embrionario de los Rotatorios; Protozoos del Mar Negro; La reproducción por división de los infusorios; El desarrollo de la Caprella ferox y del Gammarus Nociliarus; Organización de la Nerilla antennata*, etc., etc.

Una de sus monografías acerca de las Tubellarias del Mar Negro fué premiada por el Congreso de Ciencias Naturales de París en 1893.



SOFIA PEREJASLAWZEWA

# CORDELIA

Publicación mensual dedicada a la mujer costarricense

## SUMARIO DEL CUARTO NÚMERO

L. VIGÉE-LEBRUN (con retrato) . . . . .	<i>La Dirección</i>
CONFERENCIA . . . . .	<i>Angela Acuña</i>
NAVIDAD . . . . .	<i>Marta Sabbia</i>
LA MÁS DICHOSA . . . . .	<i>Carmen Karr</i>
PASTORAL . . . . .	<i>Emma Calderón</i>
MUJERES IDEALES: HILDA . . . . .	<i>La Dirección</i>
MI OPINIÓN . . . . .	<i>La hija del Caribe</i>

## SUMARIO DEL QUINTO NÚMERO

SOFA PEREJASLAWZEWA . . . . .	<i>La Dirección</i>
MUJERES IDEALES: BEATRIZ . . . . .	<i>Dante Alighieri</i>
CUARTETOS . . . . .	<i>G. Gómez Azellanda</i>
ÁBANICO DE RAYOS . . . . .	<i>Judith Gautier</i>
MUJERES IDEALES: NORA . . . . .	<i>La Dirección</i>
UNA VISITA . . . . .	<i>Angelina Alcaide</i>
EL ABUELO . . . . .	<i>Grazia Deledda</i>

## Mujeres ideales

Beatriz de Portinari \*

11.—Cuando la encontraba en alguna parte, con la esperanza de su admirable salud, no sólo me olvidaba de todos mis enemigos sino que una llama de caridad me envolvía, la cual me hacía perdonar a quienes me hubieran ofendido y al que entonces me hubiese preguntado algo, mi única respuesta habría sido «Amor», pronunciada con humilde acento.

Cuando ella estaba próxima a saludarme, un espíritu de Amor, destruyendo todos los demás espíritus sensitivos que en mí aleteaban, expulsaba los débiles espíritus del rostro y les decía: «Id a honrar a la señora vuestra» y él permanecía en el lugar que antes ocupaban ellos. Y quien hubiese deseado conocer al Amor, bien podía hacerlo contemplando el temblor de los ojos míos. Y cuando aquella gentilísima salud saludaba no era Amor capaz de disminuir la irresistible beatitud que de mí se apoderaba; por el contrario, casi por superabundancia de dulzura, llegaba a punto tal, que mi cuerpo, el cual estaba entonces

por completo bajo su dominio, se movía como se mueve cosa grave inanimada. De esto se deduce manifiestamente que en el saludo suyo residía mi felicidad la que muchas veces excedía y sobrepujaba mis capacidades.

21.—Después que traté de Amor en la rima que empieza: *Amor y el corazón gentil son una sola cosa*; sentí deseos de escribir en elogio de aquella gentilísima mujer palabras que mostraran como por ella despierta este amor y como no solamente despierta allá endonde duerme sino que allá endonde no está en potencia ella admirablemente obrando lo hace ir. Entonces dije este soneto:

En sus ojos a Amor lleva mi dama,—y aparece gentil cuanto ella mira;—por doquiera que pasa se la admira—y a quien saluda, el alma se le inflama.—Porque, bajando el rostro, se derrama—su corazón, y

\* Selecciones hechas en *La Vida Nueva* del célebre poeta florentino.

su humildad suspira.—Mueren por ella la soberbia, la ira....—Ayudadme, mujeres, en su fama!—Toda dulzura, toda fé sencilla—nace en el pecho del que hablar la escucha:—feliz el hombre que su amor la fie!—Y lo que ella parece si sonrfe,—por recordarlo la memoria lucha:—tal es esa mujer que maravilla!<sup>1</sup>

26.—La gentilísima mujer, de quien he hablado, cayó en tanta gracia a las gentes que cuando pasaba por la calle las personas corrían para contemplarla lo cual me producía admirable alegría. Y cuando estaba junto a alguno, tanta honestidad le llegaba al corazón que no osaba levantar los ojos ni responder a su saludo; muchos que experimentaron esto pueden testimoniar lo que digo a quien no lo creyese. Coronada y vestida de humildad, caminaba sin mostrar vanagloria por lo que veía y oía. Decían muchos, después que había pasado: «Esta no es mujer, es uno de los bellísimos ángeles del cielo.» Y otros decían: «Esta es una maravilla; bendito sea el Señor que tan admirablemente sabe obrar!»—Yo digo que se mostraba tan gentil y tan llena de todos los encantos que cuantos la miraban se sentían poseídos de dulzura tan honesta y suave como inexplicable, y no había quien pudiera verla que no se sintiese, desde un principio, obligado a suspirar. Estas y otras admirables cosas procedían de ella. De donde, pensando en esto, queriendo tornar al estilo de su alabanza, me propuse decir palabras con las cuales diese a entender sus admirables y excelentes obras, de manera que, no solo

quienes pudiesen contemplarla sino también los otros, supieran de ella lo que las palabras pueden hacer comprender.—Entonces dije este soneto:

Tan gentil aparece y recatada—  
la dama mía si un saludo ofrece,—  
que toda lengua tiembla y enmudece,—  
y la vista a mirarla no es osada.—  
Benignamente de humildad velada,—  
ella camina y su alabanza crece,—  
y de lo alto descender parece—  
cual muestra de un milagro presentada.—  
Muéstrase tan placiente a quien la mira—  
que por los ojos da un dulzor al seno—  
que no puede entender quien no lo siente;—  
y hasta parece que su boca aliente—  
un espíritu suave de amor lleno—  
que va diciendo al ánima: ¡Suspira!<sup>2</sup>

\*  
\* \*

Venid y escucharéis esos lamentos,—  
almas gentiles: la piedad lo exige.—  
Este dolor inmenso que me aflige,—  
por no verme morir, lanzo a los vientos.—  
El fatigado llanto a mis intentos—  
no acude, ni a mis ojos se dirige;—  
y, no llorando a la que mi alma riije,—  
se tornan mis dolores más crüentos.—  
Llamo con mis suspiros firmemente—  
a mi dama gentil, que en el estable—  
cerco de la virtud hizo morada.—  
Y desprecia esta vida miserable—  
el alma mía lánguida y doliente—  
de su beatitud abandonada.<sup>3</sup>

DANTE ALIGHIERI

<sup>2</sup> Traducido por Mannel Milá y Fontanals.

<sup>3</sup> Este soneto, traducido por Juan Luis Estelrich, fué escrito por Dante, inmediatamente después de la muerte de Beatriz ocurrida en Florencia el 9 de junio de 1290.

<sup>1</sup> Traducido por Juan Luis Estelrich.

## Cuartetos <sup>1</sup>

La pintura que hacéis prueba evidente  
Es del hábil pincel que la ha trazado:  
En ella advierto creadora mente  
Y de entusiasta amor fuego sagrado.

Toques valientes, vivo colorido,  
Dignidad de expresión, conjunto grato...  
Todo es bello ¡oh amigo! «El parecido»  
Solo le falta a tan feliz retrato.

En vuestro genio sí, no en el modelo,  
Esos rasgos halláis tan ideales,  
Que solo al pensamiento otorga el cielo  
Engendrar en su luz bellezas tales.

Si como me pintáis así os parece  
Verme, por Dios que á confusión me muevo,  
Pues tanto vuestra mente me engrandece  
Que ni a mirarme como soy me atrevo.

Regio ropaje a su placer me viste  
Vuestra exaltada y rica fantasía,  
Y entre tanto fulgor no sé si existe  
Algo real de la sustancia mía.

¡Desdichada de mí si el tiempo alado  
Se lleva en pos el fúlgido atavío,  
Y halláis un día, atónito, turbado,  
El esqueleto descarnado y frío!

En esta tierra de miseria y lloro  
Dispensad compasión, cariño tierno;  
Mas no gastéis tan pródigo el tesoro  
De admiración y amor que os dió el Eterno.

Lo que se cambia y envejece y pasa,  
Lo que se estrecha en límites mezquinos,  
Es nada para el alma que se abrasa  
Anhelando de amor goces divinos.

Ventura me pedís, a mí que en vano,  
Tras de su sombra consumí mi brío...  
A mí, del polvo mísero gusano,  
Que de mi propia mezquindad me río!

<sup>1</sup> Dedicado al señor don Pedro Sabater, poco después marido de la autora, con motivo de haberle enviado a ésta unos versos en que pretendía hacer su retrato.

Pensáis volar y os arrastráis despacio,  
Y en pobre cieno vuestro afán se abisma...  
¡Salid, salid del tiempo y del espacio,  
Y traspasad vuestra esperanza misma!

Yo como vos para admirar nacida;  
Yo como vos para el amor creada:  
Por admirar y amar diera mi vida;  
Para admirar y amar no encuentro nada!

Siempre el límite hallé: siempre, do quiera,  
La imperfección en cuanto toco y veo...  
No juzgo al universo una quimera  
Porque en él busco a Dios; porque en Dios creo.

Tú eres, ¡Señor! amor y poesía;  
Tú eres la dicha, la verdad, la gloria;  
Todo es, mirado en Tí, luz y armonía;  
Todo es, fuera de Tí, sombra y escoria.

¡Desdichado de aquel que en juicio escaso  
Hallar lo grande en lo finito intente;  
Que en corruptor licor y estrecho vaso  
Quiera apagar la sed que interna siente...!

No así jamás os profanéis ¡oh amigo!  
No en esas aras de vuestra alma bella  
Idolo vano alcéis, que yo os predigo  
Que con desdén y horror lo hundirá ella.

Queredme bien, compadecedme, y basta:  
No apreciéis cual diamante humilde arcilla;  
Dadle el tesoro que jamás se gasta  
Al que por siempre permanece y brilla.

Yo no puedo sembrar de eternas flores  
La senda que corréis de frágil vida;  
Pero si en ella recogéis dolores  
Un alma encontraréis que los divide.

Yo pasaré con vos por entre abrojos  
Y el uno al otro apoyo nos daremos;  
Y ambos alzando al cielo nuestros ojos  
Allá la dicha y el amor veremos.

¿Qué más podéis pedir? ¿qué más pudiera  
Ofrecer con verdad mi pobre pecho?  
Ternura os doy con efusión sincera:  
¡De mi ídolo el altar ya está deshecho!

No igual suerte me déis, oh vos, que en esta  
Tierra de maldición, sois mi consuelo!  
No me querráis alzar ara funesta!  
No me pidáis en el destierro el cielo!

Vedme cual soy en mí, no en vuestra mente,  
Bien que el retrato destrocéis con ira;  
Que aunque cual creación brille eminente,  
Vale más la verdad que la mentira.

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA

## Abanico de rayos

Mitzu-Vogi (Abanico de Rayos), era célebre entre las grandes oirás, y lo era tanto por su belleza, por su extraordinaria coquetería y por su lujo, como por el refinamiento de sus amores, y, sobre todo, por su arrogancia cruel unas veces, zalamera otras. Fingía fingiendo que no quería, o simulaba arranques desordenados de pasión sin que nunca su corazón apresurase o disminuyese la velocidad de sus latidos. Devoraba las fortunas, y luego arrojaba al hombre arruinado como se puede arrojar una cáscara de melón.

Una tarde le anunciaron que una mujer deseaba verla para ofrecerle alfileres de coral para el pelo, primorosamente trabajados, y como precisamente quería comprar adornos de esa clase, Abanico de Rayos permitió a la vendedora que entrase.

Entró una mujer delgada y pálida, y con gesto brusco le presentó un cofrecito de alfileres que temblaba en sus manos, mientras clavaba en la hermosa oirán una mirada ávida y enloquecida.

Esta, algo sorprendida, se probaba los alfileres cuando de pronto la mujer cayó al suelo desvanecida y dando un grito.

Se apresuraron a cuidarla para que volviese en sí, y en cuanto hubo recobrado el conocimiento Abanico de Rayos hizo salir a todas sus sirvientas.

Por la extremada distinción de su persona, por la elegancia del traje y por la nobleza de sus ademanes, la cortesana había adivinado que no era una vendedora.

—Noble mujer,—le dijo,—¿qué venís a hacer aquí? ¿Qué clase de sufrimiento es el que os quita el color, y en qué puedo serviros?...

—Venía a suplicaros que me devolviérais a mi esposo,—exclamó sollozando la extranjera,—pero al ver vuestra triunfante belleza he comprendido que tienen razón para preferiros a todas las demás, y el único consuelo que me queda es la muerte.

—Decidme el nombre de vuestro esposo,—respondió Abanico de Rayos,—y os juro que no le recibiré más. No dudéis de mi palabra: es

la primera vez que juro formalmente, y tened la seguridad de que cumpliré mi promesa. Y ahora, no santificuéis por más tiempo con vuestra presencia este impuro lugar.

La triste esposa se fué algo consolada, y la loca oírán cumplió rigurosamente su promesa.

Como si tuviese miedo de olvidarla, llevaba siempre adornando sus cabellos los alfileres de coral que la honrada mujer le había dejado.

Y el amante despedido, apesar de que hizo cuantos esfuerzos pueden imaginarse, no la volvió a ver.

Pasados algunos meses, Abanico de Rayos se hallaba una mañana en su jardín haciendo música, cómodamente sentada a la sombra de los frondosos árboles, cuando vió que salvando el arroyuelo por el puente de laca y púrpura, la misma mujer avanzaba en compañía de tres niños pequeños.

Su palidez había aumentado, y sus facciones parecía que se hundían más aún.

—Ya me había figurado,—le dijo,—que de vuestro amor no se curaba fácilmente.—Habéis cumplido fielmente vuestra promesa, pero el mal, en vez de calmarse, ha empeorado. La desesperación se ha apoderado de vuestro amante, y sin veros no os borráis un instante de su pensamiento y los celos le devoran cruelmente. La idea de que no os ve mientras otros gozan de vuestra presencia le es intolerable, y vengo a devolveros vuestra palabra, a suplicaros que concedáis de nuevo vuestras gracias al desgraciado que se está muriendo, siquiera sea para conservar el padre a estas pobres criaturas.

Y hacía que los niños adelantasen hacia la cortesana. Y los pobre-

chos estaban avergonzados mientras ella, estupefacta, los atrajo con cariño y los contempló largo rato. ¡Tal vez no había visto nunca niños!

Un velo de honda tristeza cubrió su hermoso rostro y apagó la sonrisa de sus labios, y después de largo silencio dijo como si hablase consigo misma:

—He ahí la carne tierna y suave que sin saberlo devoramos al fundir con el fuego de nuestros besos la fortuna de los padres. ¡Oh! ¡Somos unos monstruos inconscientes!...

Y los ojos se le llenaron de lágrimas cuando se fijó en la dolorida esposa que tanto había llorado por ella.

—Puesto que los celos le consumen y que no puede librarse de ellos, decid al esposo infiel que venga aquí mañana. Me verá, pues quiero que sus celos acaben.

Al día siguiente, el enloquecido amante contempló una muerta; una muerta completamente blanca y tendida en la suntuosa cama.

Abanico de Rayos había tomado un veneno, pero antes había escrito las siguientes líneas en su abanico:

«¿Qué supone la existencia de una cortesana si se compara con la de una noble familia?»

«Yo he cumplido con mi deber. Que tu mujer y tus hijos te dicten el tuyo».

—Seguramente, esta muerte es la más hermosa, la más noble y la más desinteresada de cuantas hemos hablado hoy,—dice levantándose Ko Mourasaki,—y según me parece, esa historia nos honra muchísimo.

—En nombre de todas doy las gracias a nuestra reina por habérmola contado,—dice Joven-Sauce.

Y como la hora de las recepcio-

nes se acerca, las oírán llaman a sus sirvientas y después de haberse despedido de El Pájaro-Flor, sin omitir el más pequeño detalle del

complicado ceremonial, bajan majestuosamente la escalera y se retiran.

JUDITH GAUTIER <sup>1</sup>

## Mujeres ideales

### Nora <sup>2</sup>

Para nosotros, Nora es una excepción demasiado extraña. Aquella mujer valiente que abandona a su marido al convencerse de que él es incapaz de apreciarla en su verdadero valor, debe parecernos una individualidad rara, rarísima.

Estamos acostumbrados a ver en la mujer la sumisión incondicional a los caprichos masculinos y es por eso por lo que desconocemos a la gentil noruega.

Aquella Nora que, después de muchos años de vida pasiva, sabe levantar la frente y ver con altivez las contrariedades de la existencia, tiene que ser, para nosotros, una verdadera alma femenina del setentrión.

Las frías mujeres del Norte no tienen sentimientos. Eso decimos para disculpar nuestra incapacidad de obrar conforme a las nobles ideas que anidan en las mentes ansiosas de libertad.

El sentimiento es una palabra con la cual se ha querido siempre poner un broche a toda discusión.

¿Qué es el sentimiento sin la idea?

No es cierto que haya un antagonismo grande entre el sentir y el pensar. Si existe es porque nosotros así lo hemos querido, al desear la imposición de una unidad moral completamente reñida con las ideas y con los sentimientos.

Las mujeres del Norte no son mujeres frías e incapaces de sentir: ellas piensan, sienten y obran conforme a la grandiosa concepción que se han hecho del mundo y de todo lo que en él vejeta.

Nora no debe sernos algo desconocido.

¿Qué cosa es en su casa? En los primeros años fué la muñeca con la cual jugueteaban sus parientes; ella era la distracción de todos; en su cabecita nunca tuvieron sitio las confidencias paternas sobre asuntos serios. Su anciano padre la trataba con la delicadeza con que una niña cuidadosa trata a su muñeca de porcelana.

En los ocho años que lleva de matrimonio con Torvaldo Helmer ha sentido siempre el mismo ambiente de adoración; era el encanto de la casa al cual no se reconocía capacidad alguna para los asuntos que requieren estudio y observación. Ha sido también una muñeca en casa de su esposo quien llegó hasta prohibirle el comer confites porque se gastaban sus dienteitos!

La pobre muñeca tiene un corazón lleno de nobleza que nadie conoce, en ella alientan las ideas de-

<sup>1</sup> Delicada escritora hija del célebre Teófilo Gautier y primera esposa del poeta Catulo Méndes. Este cuento forma parte de su precioso libro *Princesas de Amor*.

<sup>2</sup> Protagonista del drama *Casa de Muñecas* escrito por Enrique Ibsen en 1880.

licadas, los impulsos generosos que una vez, se manifestaron con todo su encanto cuando, para salvar la salud de su marido, contrajo una deuda considerable.

Guardó el secreto, su marido no debía saber que aquella mujercita adorable, al considerar la enfermedad mortal que lo aquejaba, no había dudado en echarse sobre los hombros la carga fatigosa de una obligación pecuniaria.

Nora, para pagar los intereses trimestrales, economizaba demasiado en lo que se refería a su persona. Aquel dinero que Helmer le daba para sus niños era un depósito sagrado al que nunca se atrevió a tocar.

A pesar de que le agradaba adornar su cuerpecito elegante, siempre compraba, para ella, las telas más sencillas y, en invierno, en vez de descansar, dedicaba las largas noches frías a la copia de documentos con lo que se ayudaba para el pago trimestral.

Aquel secreto era su alegría, su orgullo. Su deseo generoso era que Helmer no supiera nunca que a un sacrificio de su esposa debía la vida. Y sin embargo, las oscuras dificultades de la existencia, la delataron: todo lo supo Helmer, todo.

Y en vez de echarse en brazos de su esposa querida, el hombre, no pudiendo avalorar los méritos de aquella mujer, le echó en cara la mentira, la deshonor; le habló de hipocresía, peor aun, de culpabilidad.

La apartó de su lado como si le causara repugnancia su esposa cuya conducta presentaba, dada la ligereza de principios en que había sido educada.

Le prohibió—en un momento de irreflexión—continuar educando a

sus hijos. Una mujer que tiene la conciencia de su culpa, debe mentir, disimular a todas horas. Sus hijos crecerán en una atmósfera de vergüenza respirando malos gérmenes. Le recordó que todos los depravados precoces tuvieron madres mentirosas que envenenaron a sus hijos con su ejemplo de engaño y simulación.

Y enseguida, cuando vio el peligro conjurado, cuando comprendió que su honor estaba a salvo, quiso perdonar, empezando por comprender los sufrimientos que ha pasado Nora desde el día en que su acreedor la amenazó con acusarla a Helmer.

Se inclinó a la clemencia, la acarició con su voz que se hacía cada vez más protectora.

Nora—mientras ocultaba su secreto—sonreía al pensar en la sorpresa de su marido quien le agradecería todas las privaciones de tres años; cuando vio que el prodigio esperado no se realizaría, comprendió que no era Helmer el hombre digno de su amor, pues al verla en peligro por haber falsificado la firma de su padre—no supo adelantarse diciendo:

—Soy yo el culpable; ella, mi Nora adorada, es inocente.

En ese momento de desilusión, Nora se irguió altiva preguntando:

—Una mujer no tiene el derecho de ahorrar a su padre moribundo inquietudes y angustias? No tiene el derecho de salvar la vida de su marido?

En cuanto a la cultura de sus hijos ella no podrá hacerlo: esa ha sido siempre una empresa superior a sus fuerzas.

Existe para ella otra cosa a la cual deberá dedicarse: la elevación de sí misma.

Quiere darse cuenta de ella y de todo lo que la rodea y para eso necesita estar sola.

Quiere adquirir experiencia del mundo; quiere asegurarse de qué lado está la razón, si la tiene la sociedad que preconiza las injusticias o ella que desea librarse del yugo de las convenciones.

Y deja su hogar.

Al decidirse a abandonarlo todo para ir en busca de la verdad, No-

ra personifica todo un grupo de mujeres—muy numeroso felizmente—que, en Europa y en América, comprendiendo las injusticias de su suerte rompen las conveniencias que las atan con guirnaldas de flores y proclaman en voz alta sus aspiraciones y el derecho que tienen a verlas satisfechas.

LA DIRECCIÓN

## Una visita

A la tarde siguiente, las dos hermanas estaban en el cuarto de María. Esta, de pie junto al balcón, distraíase viendo pasar la gente por la calle...

—Ay, Isabel, qué fastidio... Por ahí vienen las de Bofil, con la señora de compañía; y que vienen las cuatro... ¡Ya no hay esperanza! Ya están atravesando la calle... ¡Qué cargantería de visita!

Al oír a su hermana, tembló Isabel, presintiendo que iba a saberlo todo, por aquellas falsas amigas; y propúsose recibir dignamente el golpe.

—Pues mira, María; no salgas tú a la visita... Yo les hablo poco y así se van antes.

—Bueno, pues mejor, mejor. Sal tú sola...

Al mismo tiempo que llamaban a la puerta, entróse en su cuarto Isabel.

Ante el espejo de su tocador se arregló los despeinados bucles, se puso polvos en su lindo semblante, mordióse los coralinos labios y, ensayando una indiferente sonrisa, se encaminó a la sala.

Ya iba a penetrar en ella, cuando un secreto impulso obligóla a retroceder...

Precipitadamente volvió a entrar en su cuarto, y quitándose la pulsera de pedida, guardóla en un cajoncito de su *secrétaire*.

Ya, segura de sí misma, penetró en la sala.

Cada una de las Bofil saludóla con un par de estruendosos besos y una cariñosa frase...

—¿Cómo estás, rica?

—Querida, sigues bien?

—Monina, cómo te encuentras?

—¿Qué tal te va, salada?...

—Bien. Muy bien. Vamos, hijas, sentarse.

Sentáronse las Bofil, al mismo tiempo que se dirigían significativas miradas.

—¿Y María?...

—Pues... no está en casa.

—Sentimos no verla, pero, la verdad sea dicha, esta visita es para tí...

—¡Tantísimas gracias!...

—Pues chica, nosotras, deseando venir hace la mar de tiempo; mas, con una cosa y otra, nunca se nos

arreglaba; pero al enterarnos de eso, lo dejamos todo... Nos pareció lo más natural venir en seguida a estar un rato contigo, acompañándote, en... tu contratiempo... Porque en estas ocasiones se conocen las buenas amigas!

—¡Ya lo creo!—declaró la sevillana, con perfecta naturalidad.—Tienes mucha razón. En estas ocasiones se conocen las verdaderas amigas y las falsas. Por lo tanto, yo sé apreciar, en lo que vale, vuestra visita, y más, sabiendo lo ocupadas que estáis siempre. Tú, con tus costureros benéficos. Mercedes, con las reuniones. Concha, con los *sports*, y esta picarilla, con sus noviazgos—añadió dirigiéndose a la más pequeña de las hermanas, la cual se puso muy seria.

—Chica, no le hables de novios. Yo ya se lo he dicho: Debes de acabar con Ramírez, antes de que él te deje... Buenos están los hombres, ¡buenos! Cuando el tuyo, que era de lo mejorcito, se ha portado así, ¡cualquiera se fía ya!... Todos son unos pillos, unos sinvergüenzas.

—Pero, mujer, alguno puede que encuentre bueno! Y si no, dejarla siquiera que se divierta con ellos... Que vosotras tres no penséis ya en los hombres ni en el amor, se comprende... pero ésta, que todavía está en la edad, dejarla que tenga novio...

—No; porque no hay uno bueno. ¡Ni uno! Yo, cuando me contaron lo del tuyo, me quedé en una pieza.

—¿Y cómo ha sido el enteraros tan pronto?—preguntó audazmente la sevillana.

—Pues chica, pura casualidad... Esta mañana, al salir de San José, nos encontramos a Mimí Rendueles, y nos dijo: «¿No sabéis la gran

noticia?» No; ¿cuál es? «Pues que Enrique Mirano está, desde hace dos días, en relaciones con Beatriz Gómez-Piquer... esa chica tan rica y tan fea. Y lo más estupendo del caso es, que no ha concluido con la de Acuña!...»

No se descompuso ni un músculo del rostro de Isabel, quien, interrumpiendo a la Bofil, le dijo con increíble tranquilidad:

—Pues, la de Rendueles no estaba bien enterada, porque cuando Enrique se ha puesto en relaciones con esa joven, ya no era mi novio.

—¿Que no era tu novio?—preguntaron a la vez las cuatro hermanas.

—No, hijas; os lo aseguro. ¡Ya no era mi novio! Por lo tanto, no es un caso tan estupendo el que un hombre, después de concluir con una mujer, se ponga en relaciones con otra. ¿No es verdad?

—Verdaderamente, si la cosa hubiera ocurrido así, no sería el caso estupendo; pero, Isabel, sabemos por muy buen conducto, todo. Tú, no sospechabas nada. Tú, hasta ahora mismo, aún te crees novia de él...

—Pero, hijas: ¿si yo me creyese aún su novia, ¿no iba a tener puesta la pulsera de pedida?...—preguntó Isabel, alargando sus desnudos brazos a las hermanas; que se miraron entre sí, confusas, sin saber qué pensar:

Pero Mercedes, replicó con valentía:

—Pues no nos convences. El no tener puesta la pulsera, puede ser un olvido o una casualidad; francamente, no te creemos. Nosotras estábamos, y aún seguimos en la creencia, de que tú, no sabías absolutamente nada.

—¿Y creyendo eso, habéis veni-

do expresamente a darme la grata noticia?... Eso sí que yo no lo puedo, ni lo quiero creer de unas buenas amigas...

Merceditas mordióse los labios, sin saber qué contestar; pero su hermana Concha, variando de táctica, repuso:

—Y haces bien en no creerlo... Es que ésta, sin pensar, dice unas tonterías... pero tú, demasiado sabes que hemos venido por el solo gusto de verte y acompañarte un rato, suponiéndote, desde luego, enterada de todo. Y dinos, salada, cuéntanos. ¿Cuándo ha sido la riña? Fué muy grande el motivo? Os habéis devuelto los regalos?... Hay esperanza de un arreglo?

—Pero hija... haciéndome tantas preguntas, acabaré por sospechar que, si no habéis venido a darme la noticia, habéis venido para saber detalles de la cosa, y esto tampoco quiero creerlo.

—No lo debes creer, porque ya te he dicho la buena intención que nos ha guiado. ¡Demasiado sabes tú lo que todas tus cosas nos interesan! Ahora, que lo que no puede por menos de extrañarnos, eso sí, extrañarnos muchísimo, es que tú estés tan tranquila, tan fresca, como si no te hubiese pasado nada... Concluir con Enrique, cuando te pensabas casar con él, dentro de unos meses. ¡Qué golpe más horroso!... ¡Qué golpe!... ¡Es para morir! ¡Para volverse loca! ¡Para encerrarse en un convento! ¡Para estar desesperada!...

—Pero Concha, contéstame: ¿Te moriste tú, cuando Ibáñez te dejó plantada en la Vicaría, y, a los dos meses, se casó con otra?... Y tú Petra: ¿Te volviste loca, cuando, después de aguantar catorce años de noviazgo, te dejó tu novio, por-

que lo hicieron gobernador de Huesca, y aspiraba a casarse con la hija de un influyente político?... Y tú, Lolita: ¿Te has desesperado, cada vez que uno de tus novios ha hecho la procesión del Niño Perdido?... Pues nada de eso os ha pasado, sino... que seguís viviendo tan contentas, tan felices...

Escuchando a la de Acuña, las hermanas no sabían qué resolución tomar. Esforzábanse en sonreír, para que Isabel no conociera la rabiosa cólera que interiormente sentían.

La primera que consiguió reponerse, fué Petra, que exclamó con fingida calma:

—Tienes razón, Isabelita, esa es la verdad... Vivimos muy contentas, muy felices, sin preocuparnos de los hombres; porque están todos que dan asco, ¡asco!... ¡Cuidado que se necesita ser un burro... esta es la palabra ¡un burro! para dejarte a tí por una fea. ¡Uy, qué asco!... Dan náuseas, sólo al pensar en ellos. Son todos unos majaderos. No saben elegir.

—Eso ya se sabe. Mientras más mérito tiene una mujer, menos partido. ¿Se comprendería que estuvieseis las cuatro solteras, si los hombres tuvieran otro gusto?... Pues no se comprendería... Pero dado el gusto que tienen... se comprende. ¡Ya lo creo que se comprende!... Las que tienen méritos, las listas, son las que se quedan solteras... Yo lo he oído asegurar muchas veces, «Las de Bofil son de las que no se casan».

—¿Dicen eso?—preguntaron todas, levantándose trémulas, lívidas, con los semblantes desencajados.

—Eso dicen—afirmó Isabel, serenamente.

—¡Infames!... ¡Malas lenguas!...

¡Malas personas, que nos quieren echar mal de ojo, para que no nos casemos!... Vámonos, chicas, vámonos — declaró Mercedesitas, no siendo ya dueña de contener su indignación.—Adiós, hasta otro día. Nos marchamos tan pronto, porque veníamos a consolarte, y hemos notado que no te hacen falta nuestros consuelos. Ya me figuro yo con quién te vas tú a consolar muy pronto... Con un poeta que tiene mucho, pero mucho de lo que no

acostumbran a tener los poetas. ¡Rico consuelo! A falta de pan... buenas son tortas.

—Adiós, Isabel. Sentimos que no hayas sabido apreciar, en lo que vale, nuestra visita.

—Te equivocas, Concha. Podéis tener la completísima seguridad, de que he apreciado en todo lo que vale vuestra visita. ¡En todo lo que vale!

ANGELINA ALCAIDE DE ZAFRA <sup>1</sup>

## El Abuelo

En Cerdeña, más que las fiestas de Navidad se conmemoran las de Pascua y aún más las de Pentecostés. El pueblo sardo es por instinto un pueblo poeta, pero es un pueblo muy pobre. Para el campesino y para el pastor sardo, Navidad representa el colmo de la miseria; tampoco es muy alegre la Pascua aunque entonces ya se sabe si la cosecha será más o menos abundante: el usurero concede créditos, la cosecha de la aceituna ha terminado, y los campos ya presentan, piadosamente, sus nuevos pastos. Pero en Pentecostés la cebada está casi a punto de ser segada, y los rebaños dan su mayor producto. Es tiempo de esquilar las ovejas y de *marcar* con el fuego los becerros y terneras. Esta y otras sencillas operaciones pastoriles asumen verdaderos caracteres de fiesta: las familias del pastor y del amo del rebaño pasan juntas el día, reunidas por un mismo sentimiento de dicha, y por el placer sano que da a todas las almas sencillas y primitivas el contacto con la divina naturaleza.

\* \* \*

Recuerdo siempre con nostalgia esas fiestas sencillas y típicas, esas escenas idílicas a las que me parece haber asistido en una época remota, casi en una vida anterior: ¡tan lejanas y diversas de las fiestas y escenas campesinas que nos ofrece la civilización continental, y siempre más intensas e ingenuas! ¡Cuántas escenas de estas he relatado! Y sin embargo, aún quedan muchas en el fondo de mi memoria, como siempre quedan canciones, no cantadas, en el fondo de la memoria del rapsoda errante. Entre otras, recuerdo una escena algo dramática, algo sentimental, que se desarrolló durante una de esas fiestas campestres. Mi familia poseía un rebaño de ganado mayor guardado por el tío Andria, un pastor viejo que casi nunca bajaba al pueblo.

La víspera de Pentecostés nos fuimos al redil para *marcar* los becerros y terneras. Con nosotros subieron nuestros criados y Nanedda, una antigua ex-camarera que llevaba

<sup>1</sup> Joven escritora sevillana autora de la novela *La Fontaña de un gato*, de donde hemos seleccionado la página *Una visita*.

consigo un hermosísimo chiquillo de unos cinco años, ya vestido al estilo del país.

Nannedda era una mujer compasiva; una de aquellas criaturas que se presentan, sin ser llamadas, en donde hay un dolor que consolar. No puedo figurarme a Nannedda sin verla atenta a curar una herida, a vestir un cadáver, a consolar una mujer abandonada, a reconciliar dos novios. Además era una mujer de carácter alegre que muy amenudo encontraba el lado ridículo de las cosas y de las personas.

—Es un pobre huerfanito sin padre: su madre está enferma—nos dijo, hablándonos del chiquillo que traía con ella.—Está muy enferma y además es muy pobre.

El chiquillo, sentado en el fondo del carro prehistórico que nos conducía, no parecía preocuparse de su mísera suerte. Con una rama delgada pegaba a los bueyes, y reía y gritaba. Sólo de vez en cuando dirigía sus luminosos ojos negros hacia Nannedda, la miraba fijamente, y después se echaba a reír ocultando entre sus manecitas su rosado rostro lleno de hoyuelos. Era listísimo. El carro, endonde íbamos solamente las mujeres, mientras los hombres nos precedían a caballo, proseguía su lenta marcha a través de campos verdes, incultos y desiertos. El día era hermosísimo, algo velado el sol; las montañas verdes y azules parecían muy próximas bajo la línea blanquecina del horizonte. En lontananza veíanse como unas pálidas hogueras, llameando entre el verde brezal: eran grupos de retamas en flor.

El carrero, un labriego, bajo, parecido a un etíope, señalaba con el aguijón este o aquel campo, y nombraba a sus propietarios de

quienes contaba vida y milagros.

—Ésta es la *tanca* de Prededdu Coria, dijo, mientras atravesábamos un prado poblado de pequeñas vacas negras.—Este campesino joven y rico sedujo a la hija del tío Andria, cuando éste, hace ya varios años, era su pastor. Ella ya no era ninguna joven, casi era vieja. Por esto su falta fué mucho más grave, y el tío Andria no la perdonó. No ha vuelto a nombrarla jamás, ni ha permitido que se la nombrasen.

Entre Nannedda y el carrero surgió entonces una discusión muy interesante, pero demasiado larga para ser relatada. La mujer afirmaba que el pecado de amor es menos grave en una mujer vieja que en una jovencita. La jovencita tiene tiempo de esperar; la mujer vieja ¡ya no puede! El carrero decía lo contrario; las otras mujeres refan maliciosamente.

Por fin, después de cerca de dos horas de viaje, llegamos a un bosque perfumado aún por los pamporcinos. El tío Andria nos salió al encuentro, nos saludó y bromeó con las mujeres. No era tan huraño y salvaje como lo habían pintado: antes por el contrario parecía un hombre alegre, aún tieso dado sus 70 años, pequeño, delgado, negro, con una barba blanca corta, y dos ojos negros vivísimos bajo dos espesas cejas blancas.

—¡Oh! ¡íbais bien acompañadas! exclamó viendo al chiquillo que le miraba fijamente. No había peligro que os atacasen los ladrones. Os acompañaba este joven. ¿Y el fusil? ¿Dónde lo has dejado? ¿Ni siquiera uno de caña? ¿Es hijo tuyo, Nannedda?

—Por hoy, sí—contestó.—Es hijo de fulana.

Y nombró a la mujer enferma.

El viejo y el chiquillo pronto entablaron amistad.

—Yo quiero ordeñar las vacas— dijo el chiquillo.—Yo quiero ver los toros; no tengo miedo, yo: itengo mucha fuerza! La tía Nannedda me ha dicho que por aquí hay jabalíes; yo quiero verlos; no tengo miedo, yo.

—¡Ya te entiendo!—dijo el vejete, golpeándose los muslos.—Tú quieres pelearte con alguna cosa: te daré un pedazo de queso untado de miel y a ver si pronto das cuenta de ello!

—¡Oh, me lo como enseguida!—contestó muy serio el chiquillo.

Y empezó a correr de un lado para otro, y a curiosear por todos los rincones de la cabaña. A cada momento se acercaba al tío Andria, y yo les veía reír y charlar juntos.

Mientras las mujeres preparábamos la comida, los pastores ataban los becerros y terneras encerrándolos uno tras otro dentro de una especie de jaula de troncos; el tío Andria enrojecía la *marca*, especie de sello con las iniciales del amo y la imprimía rápidamente en uno de los muslos del pobre animal, que al contacto ardiente mujía y se retorció. Al desatarlos huían lamiéndose el pelo quemado sobre el cual había quedado impreso el nombre del dueño.

El chiquillo miraba con sus hermosos ojos abiertos de par en par, y cuando los becerros y terneras mujían demasiado fuerte y aterrados huían de la jaula de tortura, también él se asustaba y se echaba hacia atrás temblando.

—¿Cómo—decíale el tío Andria,—tú quieres ver los jabalíes y te asustas por tan poca cosa? Lo que te he dicho antes: itú debes pelearte con las sopas o con el queso con miel! ¿Y decías que querías quedarte aquí

conmigo para impedir que de noche se acercasen los ladrones?

—Sí, sí, quiero quedarme—gritó el chiquillo.—Pero tenéis que dejarme el fusil, el cuchillo y el bastón: imataré a toda la gente mala!

—¡Vas a dejar poca gente viva!—dijo el viejo, entristeciéndose.

De cuando en cuando Nannedda llamaba al chiquillo desde la cabaña, para darle algún pedazo de carne o de queso tierno.

El chiquillo, que con su traje parecía un hombrecito, corría hacia ella, y yo le veía comer y escuchar atentamente todo cuanto le decía Nannedda. Con la cabeza decía que sí, que sí; luego volvía junto al pastor y reanudaba su charla.—Cuando el tío Andria iba a traer algunas terneras del prado, el chiquillo le corría detrás. El viejo fingía incomodarse y le decía:

—¡Mira que me haces perder mucho tiempo, joven valiente!—pero le cogía de la mano y se lo llevaba con él.

Durante la comida el chiquillo sentóse junto al viejo; y de pronto reclinó la cabeza sobre los muslos del pastor y se durmió.

Nannedda se levantó para llevarse dentro de la cabaña, pero el tío Andria dijo:—¡Déjale, no le despiertes! ¡Qué hermoso es!

Y mientras seguía charlando con Nannedda y con los demás pastores, pasaba de cuando en cuando la mano por la cabecita del niño y lo contemplaba con admiración cariñosa.

—¡Ya que os gusta tanto, tomadlo como hijo!—dijo Nannedda.—Es huérfano de padre y bien pronto también lo será de madre!

—Soy demasiado viejo y pobre para ello—contestó el tío Andria.

—Si no queréis por hijo, que sea por nieto,—insinuó la mujer.

El viejo arrugó las pobladas cejas blancas; y comprendiendo Nannedda los secretos pensamientos que le turbaban no insistió en sus bromas...

Después de comer, los pastores reanudaron su tarea, y las mujeres se tumbaron sobre la hierba y se durmieron. También yo me dormí. Al despertar ví al chiquillo, juguetón y alegre, en nuevas confabulaciones con Nannedda. Ella le decía:

—Fíjate bien: dentro de poco el tío Andria habrá terminado su trabajo, y vendrá a sentarse sobre la hierba. Tú debes echarle los brazos al cuello y estrechándole fuertemente debes decirle: ¡Abuelito, yo soy vuestro nieto! quiero quedarme aquí! ¿Has comprendido?

—Sí,—contestó el hombrecito.

También yo había adivinado toda la comedia.

—¿Cómo es que el viejo no conoce al chiquillo? ¿Es que no lo ha visto nunca?—pregunté.

—Nunca lo ha querido ver,—contestó Nannedda.—Además, hasta ayer mismo el niño iba con faldillas, ahora vestido de hombrecito no parece el mismo.

—El viejo y el chiquillo se parecen mucho—observó otra mujer.—Yo creo que el tío Andria lo ha notado y sospecha algo.

—Mejor que mejor—contestó Nannedda.

Y esperamos, casi ansiosas.

Los hombres acababan de marcar las terneras: a cada momento el tío Andria llamaba al chiquillo.

—¿Qué? ¿ya no quieres acercarte?

—No, venid vos; tengo que deciros una cosa—contestaba el niño.

Por fin se acercó el viejo.

—¡Ea, ya hemos acabado!—dijo sentándose sobre la hierba.—¡Hasta el año que viene! Bebamos a la salud de todos.

Bebieron; después el viejo preguntó al niño:

—Bueno, ¿en qué quedamos? ¿Te quedas o no? Todos los ladrones de estos alrededores han huido al saber que tú has llegado. ¿Te quedas?

El chiquillo corrió hacia él; se volvió mirando fijamente a Nannedda, y después abrazó fuertemente al viejo y le dijo unas palabras al oído.

—Habla fuerte: soy sordo.

—Abuelito, soy vuestro nieto y quiero quedarme aquí!

El tío Andria se puso rojo, casi lívido; después palideció. Y trató de rechazar al chiquillo, pero éste lo estrechaba muy fuerte y reía, reía siempre.

—¡Ah! Vieja bruja, buena me la has jugado!—gritó el viejo, amenazando a Nannedda con una mano mientras con la otra estrechaba a su nieto contra el pecho.

¡Y nada más!

La mujer se echó a llorar, cosa que le sucedía con mucha frecuencia. También los ojos del viejo se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué lloráis?—preguntó el niño.—¿Es que tenéis miedo de los ladrones?

—Sí, he visto un jabalí, allá a lo lejos. ¡Tengo miedo! tengo mucho miedo!—dijo el tío Andria, abrazando al chiquillo.

—Esperaos, ahora yo voy y lo mato: ¡no lloréis más!

Pero uno gritó:

—¡Ahí va, ahí va el jabalí! ¡Ahí va! ¡Corre, mávalo, Boboreddu!

Y el hombrecito valiente empezó a chillar tanto asustado, abrazándose estrechamente al viejo quien ya no le soltaba.

GRAZIA DELEDDA<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Novelista italiana contemporánea quien en todas sus obras ha dado a conocer el alma de sus compatriotas, los hijos de la hermosa Cerdeña.